

El destello sucedió primero. De pronto, todo se llenó de una luz tan blanca que parecí sufrir de una extraña y repentina ceguera, luego, después de unos segundos de agónica incertidumbre por la integridad de mis ojos, el cielo reapareció poco a poco ante mis castigada vista, que hubiera quedado irreparablemente dañada de no haber estado usando los anteojos de seguridad especialmente diseñados, lo ví todo teñido de palpitantes e incandescentes gradientes de azul y rojo que creaban una aurora artificial. Sólo que esta, en contraste con el hermoso efecto visual de las zonas polares, estaba cargada de muerte y desolación.

Luego fue el trueno; un estallido ahogado gracias a los gruesos cristales hechos de un material especial que nos protegió de la devastación. Y entonces, a través del cristal, apareció una visión tan espantosa, que me hizo comprender la magnitud de lo que estaba por caer sobre la humanidad.

"Mi nombre es Dönitz Lutz, miembro destacado de la schutzstaffel. El ministro Joseph Goebbels me transfirió a las filas de la Abwehr, asignándome esta misión, cuyo objetivo era infiltrarme aquí, en el campo de tiro de Alamogordo, en nuevo México, Estados Unidos, para asistir a la prueba de un arma poderosa, que, según los personajes aquí reunidos, acabará con la guerra en un sólo movimiento magistral."

-...estatuas de sal es lo que quedará después de esto. - dijo Norris Bradbury con tono sombrío.

-un desierto- replicó alguien tras él.

-perdón?-

La voz del director del laboratorio Robertt Oppenheimer acudió de nuevo ante el llamado:

-un desierto de sal, señor Bradbury, un maldito desierto de sal. - dijo, y luego se quitó las negras gafas y les dio la espalda.

Mirando el mapa táctico con los objetivos señalados, sentí que me faltaba el aire. Cerré los ojos e imaginé a mi hija con sus rosados

patines en el eissporthalle en Kassel, a mi esposa en la cúpula vaticana en Roma y a mi hermano estudiando acupuntura en Hiroshima "si esta arma es usada, ningún país resultará triunfador. Debo informar de esto al führer de inmediato, o el mundo entero podría desaparecer para siempre."

-ahora...- dijo Oppenheimer, aún de espaldas a toda la audiencia -nos hemos convertido en la muerte, destructora de mundos- a lo que replicó el doctor Kenneth Bainbridge, con una irritación apenas contenida.

-somos unos hijos de puta! -